

Isabel Bono

Una casa en Bleturge

 Siruela

Nuevos Tiempos

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2016

Reunido desde las 20:00 horas del martes 6 de septiembre de 2016, en el Café Gijón de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón, compuesto por D.^a Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Marcos Giralt Torrente, D. José María Guelbenzu y D.^a Rosa Regàs en calidad de presidenta, y actuando como secretaria D.^a Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, el Jurado acuerda:

Otorgar por mayoría el Premio de Novela Café Gijón 2016 a la novela *Una casa en Bleturge* presentada por Isabel Bono.

El Jurado ha querido destacar no solo la indudable calidad literaria, sino también el carácter sumamente original y exigente de esta obra. Isabel Bono ha sabido elegir el tono de cada uno de los personajes de esta tragedia familiar expresando los sentimientos que les unen y les separan. Cada una de las voces es creíble. Cada una de las situaciones que viven, cada una de las manías que los dominan y cada uno de los miedos que padecen son del

todo verosímiles. La disección, a veces cortante, es tan perfecta que resulta tierna, cruel y realmente emocionante.

ROSA REGÀS

MERCEDES MONMANY

JOSÉ MARÍA GUELBENZU

ANTONIO COLINAS

MARCOS GIRALT TORRENTE

Índice

Una casa en Bleturge 13; Ella 15; Fuego 16; Fósiles 18; Hija 20; Agujeros 21; Él 24; Siberia 25; El amor se esconde 27; Densidad 29; Accidentes domésticos 31; Buenas noches 32; Batallas 33; Amianto 35; Bondage 38; Edad 40; A medias 42; Burbuja 44; Todo es museo 45; Gracias 47; Milagros 50; Semillas 53; Extrañas compañías 55; Palabras 57; Sí 58; Cháchara 60; Sinestesia 62; Existir 64; Dolor 65; Plastilina 67; Color carne 69; Deseos 71; Tía 73; Laberintos 74; Naturaleza muerta 77; Memoria 78; Entre paréntesis 79; Padre 81; Tren de lejanías 82; Reconciliación 84; Lejos 86; Lo perdido 88; Tren de cercanías 90; Sosiego 93; Halloween 95; Orugas 97; Guillotina 98; Todo a cien 100; Cangrejos 102; Dos tazas 104; Las cosas en su sitio 106; Pecados 107; Pestilencia 108; Herencia 110; Fe 112; Clavos 114; Papel higiénico 116; Quitapelusas 118; Compañía 120; Amor 122; Tiempo 123; Botiquín 124; Ser gato 125; La vida sigue, las putas pasan 126; De pesca 128; Espejo 131; Colorterapia 134; Sopa 136; Grados 139; El hombre que duerme 141; Segundo plano 143; Ver, oír, callar 144; Gatos 146; Siete vidas 147; Heridas 149; Golpes 151; Sombras 153; Entonces duerme 155; Soledad 156; Triciclo 158; Sapo azul 160; Orden 162; Instantáneas 164;

Forma 166; Fondo 168; Anestesia 169; Bajo tierra 170; Sala 11
172; Perspectiva 174; Decisión 176; Verde agua 178; Libertad
180; A cuerpo perdido 182; Verano 184; Pájaros muertos 185;
Gracias, vida 187; En son de paz 190; Vapor 191; Seguridad
193; Piel de naranja 195; Otra vida 196; Fachada 197; Bleturge
200; Flores 201; Ligereza 202; Cuando todo conspira 203;
Cuando nada conspira 204; Lo remoto 206; Desenlace 207;
Nudo 209; Estación 210

Nota de la autora

211

*Para Purranki,
lehendakari de los caminos*

Una casa en Bleturge

Mientras espera en el semáforo mira las ventanas. Piensa en vidas felices detrás de cada una. Solo en vidas felices, aunque la fachada necesite otra mano de pintura. En el semáforo hay una pegatina naranja: «Una casa en Bleturge». También hay un *e-mail*. El semáforo cambia. Bleturge, y esa dirección en su cabeza, habitándola.

Al llegar a casa deja las llaves junto al ordenador y escribe:

*Asunto: pregunta
qué es bleturge?*

Enviar.

En menos de tres segundos un nuevo mensaje en su bandeja de entrada.

Respuesta automática.

Asunto: cayendo en espiral

Qué habrá por ver tan interesante tras de la niebla. La gente que vive en tierra ansía que la niebla no dure. Cuando esta se disipa pueden en el mejor de los casos ver un chopo, un caserío, una linde. Elementos arbitrarios que no consiguen justificar por sí mismos el hecho monstruoso de la visión.

Va para dos días ya desde que la mañana se juntó con la tarde en la vaguedad de una niebla que reverbera de luz. Para nosotros esto es como una tregua. En estas condiciones los objetos se ven privados de su sombra y los ojos, del horizonte que los tortura.

Por la noche mido cuidadosamente el mapa, y trazo sobre él líneas de hipotéticos rumbos, camino con el compás como si pudiera caminar con unas piernas gigantes sobre el océano. Sé que no es así. Después del éxtasis geométrico, sea cual sea la conclusión esperanzadora la desnudez del horizonte me revela a la mañana siguiente las mismas verdades, por el mismo orden: soy imbécil, somos imbéciles, todo esto es imbécil.

Se levanta, abre una cerveza, bebe directamente de la botella. Que la niebla no dure, medir con cuidado el mapa, el éxtasis geométrico, todo esto es imbécil. Claro, claro.

Ella

Alta, seria, curiosa. Rubia natural o lo que queda de haberlo sido. Pecho voluminoso y caderas anchas, aunque no resulta grande ni gorda. Podría decirse que fue atleta, pero no lo fue. Nunca se pintaría las uñas, nunca usaría rímel. Casada desde hace más de veinte años con el mismo hombre. Un hijo en el que evita pensar. Una hija.

Fuego

Él colocó dos sillas en la terraza delante de la planta de romero, se agachó y encendió una cerilla. La planta seca ardió al instante. Yo me levanté y me escondí en un rincón, agachada, donde el humo no pudiera ahumarme la ropa. Mientras el fuego subía yo pensaba en los vecinos, en sus sábanas tendidas, en sus hijos durmiendo con las ventanas abiertas. Al cabo de unos segundos la humanidad entera, sus tristes trapos y hasta sus hijos recién nacidos dejaron de existir. El fuego y yo. Las llamas nos hacen desear otra vida, pensé.

Renunciando cada uno a sus sueños miramos aquellas llamas.

Cuando solo quedaba el esqueleto negro con las puntas encendidas crepitando, él se agachó de nuevo intentando prender lo que restaba, pero el aire apagó la cerilla, y yo, en silencio, como si rezara, le pedí a la oscuridad que no dejara que volviera a arder, que no regresara el fuego. Después de cuatro intentos él lo dejó por imposible.

Quise estar lejos, buscar una habitación a oscuras, pero las puntas de las ramas seguían vivas, luciérnagas

naranjas en los huecos de un verano que terminaba, y no podía dejarlas allí, brillando para nadie. El mismo aire que había apagado las cerillas ahora alentaba las puntas del romero, las hacía respirar, apagarse y encenderse. Bogueaban como los peces marrones del río. Poco a poco fueron perdiendo el ánimo, el deseo, la respiración.

Mañana, pensé, el romero calcinado parecerá un coral negro, un ser vivo que nadie supo cuidar.